

ROBERT V. S. REDICK

LAS
RATAS
Y
EL MAR QUE GOBIERNA



El legendario buque *Chathrand*, un verdadero mundo flotante, que zarpó en una misión para poner término a siglos de guerra, en realidad ha sido un instrumento de la conspiración de Arunis, que quiere acabar con el universo de Alifros.

Thasha, Pazel y sus amigos —entre los que están la reina de los diminutos ixchels y una rata casi humana— han de afrontar el terror del Mar que Governa, un océano tan vasto que ningún barco puede afrontar su travesía, ni siquiera el *Chathrand*.

Y, mientras tanto, en las profundidades del barco, un artefacto maldito está liberando poderes más terribles que el propio mar, poderes que Arunis quiere controlar.

Para Kiran, de corazón nómada



Nota del editor

El último viaje del *B. M. I.*^[1] *Chathrand* dio pábulo, por desastroso, a muchos mitos. Me honro singularmente en que se me escogiera para narrar su viaje alrededor del mundo de la manera más fidedigna posible.

Si en el primero de los libros que lo recogen, *La conspiración del Lobo Rojo*, ceñí mis comentarios personales a las ocasionales notas a pie de página, la complejidad de esta segunda entrega me obliga a ser más generoso en mis observaciones: doscientas páginas de generosidad, para ser más preciso.

Lamento decir que mis comentarios más acertados desilusionaron al equipo de jóvenes estudiosos de cuya buena voluntad (y de cuyo servicio de lavandería) tengo la tragedia de depender. Su descaro es francamente sorprendente. Incluso algunos de ellos tuvieron la osadía de decir que mis observaciones no solo no aclaraban lo narrado, sino que lo exponían al peligro de que su existencia quedase en el olvido.

No pude por menos que rebelarme contra ese tipo de sabotaje, contra la, así llamada, «premisa de legibilidad». Pero como aquellos advenedizos no cejaron en sus exigencias, solo pude salvar unas cuantas notas, inequívocamente esenciales, de las violentas ráfagas de viento que ellos provocaron. Las demás desaparecieron, volando, de la narración. Esto supone una hazaña espantosa de la que espero no ser culpado jamás.

*Y entonces, el Hacedor, el Alfare-
ro, el Que Tiene, el Que Engen-
dra, dijo al ciervo y a las aves:
«Charlad, hablad para que se os
entienda, no gritéis. Por favor, ha-
blad los unos con los otros, ha-
cedlo con los de vuestra especie
o con los de vuestro grupo». Y así
dijo al ciervo, a las aves, al puma,
al jaguar, a la serpiente... Pero
ellos no hablaron como la gente,
pues solo chirriaron, solo parlo-
tearon, solo aullaron...*

*Popol Vuh, según la traducción
de Dennis Tedlock*

*La voz de la pasión es mejor que
la voz de la razón.
La falta de pasión no puede cam-
biar la historia.*

CZESŁAW MIŁOSZ

PRÓLOGO

El Día del Tratado

Un cáliz lleno de leche manchada de sangre. Pazel bajó la mirada hacia el recipiente que humeaba y se sintió tan atrapado como el actor que trabaja en una obra de teatro llena de rabia y de violencia, en la que interpreta el papel que nunca quiso. Los sacerdotes, los príncipes y los trescientos invitados que ocupaban el santuario iluminado por las velas aguardaban el momento en que bebiera. Sus mejores amigos también aguardaban, junto con un puñado de hombres que le deseaban la muerte y un hombre que los quería ver muertos a todos y que solo aguardaba el momento de poder cumplir su deseo. Los invitados tenían la mirada fija. Un sacerdote vestido de rojo le hizo un gesto imperioso: *Bebe*. Incluso Thasha volvía la cabeza desde el estrado donde se arrodillaba, al lado del hombre con el que, tal y como todos suponían, iba a casarse dentro de un instante.

Thasha estaba radiante con sus dieciséis años; con su cabello dorado, recogido hacia arriba y arreglado de una manera imposible con orquídeas y encaje; con su vestido gris, tan diáfano y líquido como el mercurio; con su collar de plata que bailoteaba inocente en su cuello. Sus labios, que él había besado la noche anterior, delataban el carmín de color cereza oscuro que los cubría. El maquillaje ocultaba los verdugones de su cuello.

Podía detener todo aquello. Podía arrojar el cáliz al suelo. Conocía las palabras que significaban *¡Mentiras!* y *¡Traición!* en veinte lenguas. Podía decirlas todas, como si a to-

dos los hubieran engañado. Pero no podía quitarle el collar del cuello. Thasha seguía volviendo la cabeza para mirarle, y, aunque la mitad de la sangre que manchaba aquella leche fuese suya, Pazel sabía que intentaba decirle: *Es lo que tiene que pasar, y lo sabes. Es la única salida.*

Levantó el cáliz. La leche caliente le quemó la lengua. Apretó la mandíbula, deglutió y pasó el cáliz.

Los sacerdotes reanudaron su cántico:

—Bebamos por la Gran Paz. Bebamos para ser una familia. Bebamos y entrelacemos nuestros destinos, que ya nunca seguirán caminos distintos...

Pazel metió una mano en uno de sus bolsillos. En él seguía estando una cinta enrollada, una cinta de seda azul en la que aparecían las siguientes palabras, bordadas con hilo de preciado oro: AHORA PARTES HACIA UN MUNDO DESCONOCIDO, DONDE SOLO EL AMOR TE GUARDARÁ. Era la Cinta Bendita, un regalo de las mujeres mayores que habían cuidado de Thasha en la antigua academia de Etherhorde. Se suponía que debía ponérsela en la muñeca.

Pazel se imaginó a una mujer anciana (encorvada, arrugada, casi ciega) bordando esas letras tan floreadas a la luz de una vela. Una entre el millar de personas que habían hecho posible que aquel día, el Día del Tratado, el día que debía poner fin a cuatro siglos de guerras, se hiciera realidad. Fuera del santuario había una multitud de personas que se apretujaban; más allá de la multitud, una isla; más allá de la isla, un mundo que contenía la respiración. Miró los rostros de quienes le rodeaban: los grandes señores y las nobles damas de Alifros, los gobernantes de tierras, ciudades y reinos, todos ellos expectantes bajo la luz de las velas. ¿Qué había dicho Hercól? *Poseídos por un sueño.* El sueño de la paz, el sueño de un mundo que pondría fin al derramamiento de su propia sangre. Era un buen sueño, aunque acabara por matarlos. Eran como sonámbulos a los que empujasen al abismo.

En el extremo del santuario se encontraba el responsable de todo lo que estaba sucediendo. Un comerciante bien alimentado y de rostro tierno y aniñado. Un rostro inocente, aunque divertido. Hasta que te miraba intensamente y descubrías al brujo que ocultaba en su interior: antiguo, malicioso, loco.

Se llamaba Arunis. Incluso en aquellos momentos, Pazel podía sentir que le vigilaba. Así que levantó la mirada, pero solo para ver el rostro del padre de Thasha. El almirante se sentaba tieso y malhumorado, un antiguo soldado que, aun conociendo el significado del deber, parecía decirle a Pazel con la mirada: *He confiado en ti hasta este momento. ¿Cuándo vas a salvar a mi pequeña?*

Pazel no podía enfrentarse a aquella mirada. *Nunca lo ha querido comprender, almirante. Si intentase detenernos, nadie se salvaría.* Reyes, labradores, enemigos, amigos: Arunis los llevaba a todos hacia el abismo. Y ellos acabarían tirándose por él, con sus sueños, sus hijos, sus sonrisas, sus cánticos y recuerdos, sus historias, sus dioses. Poco a poco, antes de uno o dos años, a menos que él permitiera que Thasha muriese.

Por eso seguía sin moverse, gritando para sus adentros mientras el cáliz pasaba de mano en mano. Cuando, finalmente, regresó a la mano del sacerdote vestido de rojo que se encontraba delante de Thasha y de su novio, el oficiante se aclaró la garganta y sonrió.

—Y ahora, querido príncipe —dijo—, ¿queréis pronunciar vuestros votos?

El príncipe tomó gentilmente la mano de Thasha. Pero antes de que dijese nada, ella la apartó con rudeza. Muchos de los presentes enmudecieron. El príncipe levantó la mirada, aturdido.

—Disculpadme, Alteza —dijo ella balbuciendo—. No puedo casarme con vos. Este matrimonio es una *tr...*

La última palabra se ahogó en su boca. Bajo su vestido, el collar de plata se movió como una serpiente, y Thasha se

envaró, casi sin aliento, mientras tiraba fuertemente del collar, porque ni siquiera podía gritar. Sus ojos miraban con frenesí y su rostro estaba amoratado. Pazel pronunció su nombre a gritos y corrió para agarrarla antes de que cayera al suelo. Una explosión de voces le dominó: de su padre, de los sacerdotes, de las trescientas personas. *La brujería solo cejará en su presa hasta que la chica muera.* Hercól estaba a su lado, y Arunis seguía en su empeño; el sacerdote más anciano esgrimía un cuchillo mientras gritaba: *¡Traición, traición! ¡Si ella muere, la paz también morirá!*

Thasha pataleó, se debatió y arqueó la espalda, porque se ahogaba. Pero Pazel sabía que la muerte era la única respuesta, la única salida, y por eso el abrazo que le dio fue el más fuerte que había dado en toda su vida, mientras el gentío congregado fuera del santuario escuchaba el rumor que crecía dentro y lanzaba un gemido que llegaba hasta el cielo. Pero él siguió abrazándola, encajando todos los golpes que le daba y diciéndole cosas que jamás se hubiera atrevido a decirle, esperando el momento en que sus convulsiones cesasen.

CAPÍTULO 1

Aurora

7 Teala 941

86.º día de navegación desde Etherhorde.

Seis horas antes del Día del Tratado

—Ojos abiertos, Neda.

El Padre había llegado en silencio. Con su copa y su vela, sonreía a la muchacha que dormía sobre la losa de granito, cubierta por una manta de lana. Ella le obedeció y sonrió amablemente, pero sin despertarse ni desperezarse. Aquellos ojos suyos, tan azules cuando se abrían, jamás había llegado a verlos en ningún rostro humano. Una hebra de algas en el pelo. Unos surcos secos de agua salada encima del cuello y de la frente. Al igual que el resto de sus hijos, había pasado la noche en el mar.

Si ella tenía veintidós años, aquel hombre multiplicaba su edad por seis; pero aún seguía erguido y ágil, porque solo su barba blanca y su voz, profunda, trabajada y amable, aunque dominada por la locura, delataban su edad. La chica sabía que estaba loco, y también que el día en que, con una mirada, un suspiro o una pregunta, exteriorizase aquel pensamiento, moriría.

Ella sabía muchas cosas arcanas. Y aunque debiese dormir como los demás aspirantes hasta el momento en que el Padre decidiera que debía despertar, se sentía dominada por una llama de desobediencia que nunca se apagaba y que hacía de ella una persona insensible a sus órdenes.

Quería quitársela de encima. Intentaba apagarla, meditando, exorcizando su mente, rezando; pero la llama seguía bailoteando, llena de herejía y regocijo. Y como el Padre podía observar su mente como si mirase por el cristal de una ventana cubierta de escarcha, solo era cuestión de tiempo que descubriese su impostura. Quizá acabara de hacerlo en aquel mismo instante. Quizá estuviera sopesando su destino.

Ella le quería. Nunca había querido a nadie de aquella manera. Y no era un cariño pasajero, como el Padre, al escrutar su rostro como lo había hecho con los de sus demás hijos durante un siglo, podía comprobar por la sonrisa que ella esbozaba en sueños.

—¿Sueñas, verdad?

—Sí —respondió ella.

—Y, aun así, tu sueño no es profundo. Estás más cerca de la vigilia de lo que había pensado.

No era una pregunta. Entre despierta y dormida, la joven seguía vigilándole. La Vieja Fe, que ella había hecho suya, afirmaba que la vida no es una lucha contra la muerte, sino contra esa muerte auténtica que aparece escrita en el instante en que nacemos. Si lograba vencerla, obtendría la plenitud y terminaría su misión.

—No debes despertar, tú que eres para mí la más amada. Vuelve a tu sueño y, cuando estés en él, descríbemelo.

La joven movió los ojos dentro de sus órbitas y entornó los párpados. Al hacerlo, el Padre tembló, como siempre que contemplaba la inmensidad de la Creación. Ella dejaría de ver el santuario donde se encontraba, la luz de la aurora que caía sobre los acurrucados durmientes, la arcada oeste que miraba al mar, el cuchillo de cuarzo que él llevaba al cinto, la leche de blancura inmaculada que llenaba su copa, para mirar lo que se encontraba «al otro lado». Fuera, los pescadores abrían una senda entre las juncias para llegar a la orilla, saludándose unos a otros con una alegre cancioncilla de Simja, aquella isla que ningún imperio reclamaba.

Bajo la fina manta, los miembros de la joven comenzaron a temblar. No se sentía segura en el lugar donde acontecía su sueño.

—Estoy en las colinas —dijo.

—Tus colinas. Tus Tierras Altas de Chereste.

—Sí, Padre. Estoy muy cerca de casa... de mi antigua casa, antes de convertirme en tu hija, pues en el sueño soy Neda de Ormael. Mi ciudad arde. Se encuentra en llamas y su humo llega hasta el mar.

—¿Estás sola?

—Aún no. Dentro de un momento, Suthinia, la madre que me alumbró, me besará y huirá. Entonces los hombres tirarán la verja abajo y entrarán.

—Los hombres de Arquial.

—Sí, Padre, los soldados del Rey Caníbal. Están al otro lado de la puerta, donde acaba la fila de casas. Mi madre está llorando. Mi madre huye.

—¿No se ha despedido de ti?

La joven dormida se envaró. Cerró una mano.

—Sobrevive, me dice. Pero no cómo puedo sobrevivir. Ni de qué.

—Neda, Llama del Fénix, te encuentras en el saqueo de Ormael, pero también aquí, a salvo, a mi lado, entre tus hermanos y hermanas, en nuestro lugar sagrado. Respira profundamente, te hará bien. Y ahora dime qué sucede.

—Han arrancado la verja de sus goznes. Hombres armados con lanzas y espadas rodean mi casa. Están en el jardín, robando los frutos de mi naranjo. Pero todavía no han madurado, están verdes, aún verdes. ¡No hay suficientes para que todos puedan comer!

—Tranquila, pequeña.

—Los hombres están enfadados. Rompen las ramas inferiores.

—¿Cómo es que no pueden verte?

—Porque estoy bajo tierra. Hay una trampilla oculta en la hierba, desde donde puedo ver la casa.

—¿Una trampa? ¿Y adónde conduce?

—A un túnel. El padre que me engendró lo excavó con ayuda de sus amigos contrabandistas. No sé a dónde conduce. Quizá recorra el subsuelo del huerto y llegue a las colinas. Creía que mi padre, el que me engendró, habría ido a esconderse allí después de abandonarnos, hace de eso mucho tiempo. Pero no hay nadie. Estoy en el túnel, sola.

—Y los hombres siguen saqueando tu casa.

—Todas las casas, Padre. Pero la nuestra es la primera...
Aya!

Aunque aquel grito apenas fuese más que un gemido, su rostro quedó dominado por la pena.

—Cuéntame, Neda.

—Mi hermano está en la calle. Es tan joven. Mira fijamente a los hombres del jardín.

—¿Por qué no lo llamas?

—Lo hago. Digo *Pazel, Pazel...* pero él no puede oírme y, si levanto la voz, ellos se darán la vuelta y me verán. Ahora corre hacia el muro del jardín.

El Padre dejó que prosiguiera y él se tomó la leche a pequeños sorbos, pensando. Neda dijo que su hermano acababa de subir al emparrado para trepar por él, entrar por la ventana de su dormitorio, salir instantes después con un cuchillo de capitán de barco y una figurita con forma de ballena, y escabullirse luego entre los ciruelos. Y añadió que una turba de soldados se acercaba a su escondite y hablaban de ella y de su madre. Y las palabras de aquellos soldados hicieron que el Padre dejara su copa y se estremeciese de ira. *Como auténticos caníbales. Como si sus almas no fuesen nada y sus cuerpos simples pedazos de carne. Y esos eran los hombres que debían llevar la civilización al mundo.*

La luz de la aurora se hizo más intensa. El Padre apagó la vela y levantó la manta para que no le diese la luz en el rostro. Neda se estremeció cuando sus ojos azules se posaron en él. Pero no estaba allí... estaba en Ormael, poseída